

René Kraus

LA VIDA PRIVADA Y PÚBLICA
DE SÓCRATES

Traducción de Miguel de Hernani

Prólogo de Manel García

arpa

SUMARIO

PRÓLOGO	9
I. Luces y sombras	17
II. Duelo	48
III. Oráculo	73
IV. Tumulto	97
V. La voz	129
VI. Guerra	144
VII. Se hace de noche	162
VIII. El príncipe de Atenas	187
IX. La plaga	220
X. Los hijos	263
XI. Matrimonio	301
XII. Las Nubes	316
XIII. La sombra	337
XIV. Tribunal	372
XV. Terror	406

XVI. En la red	420
XVII. Juicio	442
XVIII. La muerte	464
NOTA FINAL	477

PRÓLOGO

Sócrates quería morir: no fue Atenas,
sino él mismo quien se condenó a beber la cicuta;
obligó a Atenas a condenarlo a bebérsela...

FRIEDRICH NIETZSCHE, *El crepúsculo de los ídolos*,
«El problema de Sócrates», 1889.

Traducción de Andrés Sánchez Pascual.

Decía el filósofo Arthur C. Danto que los historiadores hacemos no pocas veces trampas cuando explicamos la vida de un personaje o un proceso histórico siendo conocedores desde el principio del desenlace final. Ello condiciona nuestro análisis en cada uno de los momentos, de inicio a fin, y nos impulsa a interpretar como memorables los dichos y hechos de un personaje o de una época lo fueran o no. Pero seguimos rindiéndonos fascinados a la biografía y ese arte narrativo y mucho más se enhebra con oficio en la *Vida privada y pública de Sócrates*, de René Kraus (1902-1947), una vida, un pensamiento y un sentir de Atenas, la ciudad de los prodigios. Una paradoja, sin lugar a dudas, el que un autor maestro del arte de la biografía fuese tan esquivo, tan elusivo en mostrarse a sí mismo, tan celoso de una privacidad que no permite más que buscar su identidad a través de sus obras; sea en una biografía de Sócrates, que lo consagraba en

el género; sea en una biografía de la emperatriz Teodora, la esposa de Justiniano; sea en una biografía de Winston Churchill, auténtico *superéxito de ventas*. Fue Kraus, como su biografiado Sócrates, un hombre de acción; nacido en Viena y formado en Berlín y París, secretario de prensa de ministros y de ministerios, dotado también del oficio de editor. René Kraus escribió sus biografías bajo el sol de los exiliados, viendo a Estados Unidos, como muchos otros exiliados, a un *custodio de la cultura humana* frente a tanta civilización destruida por la tiranía y la hora crepuscular del nacionalsocialismo.

Cuando reconstruimos la vida de Sócrates (470-399 a.C.) no podemos evitar tener presente, desde su nacimiento hasta sus postrimerías, su talla moral, anticipada en las tallas de su martillo y escalpelo como escultor en los frisos de Fidias del Partenón, absorto y ensimismado en sus pensamientos, y continuando con la profesión de su padre, Sofronisco; su método filosófico, la *mayéutica*, y su auxilio en el siempre tortuoso momento de dar a luz una idea, adivinado por el arte ginecológico de su madre, la comadrona Fenareta, cuyo nombre sospechosamente significa *la que hace aprender la virtud*; su intelectualismo moral, manifestado precozmente con su tozuda insistencia en hacer de todos nosotros hombres buenos y bellos, concededores pertinaces de la virtud y de nosotros mismos; con su misión divina y su descubrimiento de la conciencia moral, de la voz de la conciencia —de la mala conciencia, espetó Nietzsche— o del universalismo moral, anunciado en hora temprana cuando se quedaba absorto, en las nubes, o dialogaba con sus conciudadanos por el ágora o deambulaba pasmado, o suspendido y cataléctico, por la ciudad o por el Pireo.

Algo sabemos de Jantipa, su malcarada esposa, tan maltratada por la tradición; y de Mirto, para algunos su segunda esposa. Se decía incluso que frecuentaba la casa de la hetera Teodota. Se presenta siempre a las esposas de Sócrates peleándose, algo que al parecer le divertía bastante y gustaba cruelmente de ridiculizarlas, el tópico misógino de las dos mujeres andando a la greña,

tema de una ópera cómica de Georg Philipp Telemann, de 1721, titulada precisamente *La paciencia de Sócrates*. Injustamente fue presentada Jantipa como el estereotipo de malcarada y Jenofonte nos recuerda que Antístenes le reprochaba a Sócrates su incongruencia vital al reclamar a sus amigos que educasen a sus mujeres y no hacer él mismo lo propio con la suya. Esa relación turbulenta no debería sorprendernos si pensamos en los hábitos sociales del filósofo, en especial su relación homoerótica con Alcibíades, o su relación con otras mujeres, por no hablar de la dejación constante de sus responsabilidades familiares, en especial con sus tres hijos, Lamprocles, Sofronisco y Menéxeno, según una tradición que emana de la escuela aristotélica, no muy sobrados de talento. Uno rememora el cuadro de Jacques-Louis David, *La muerte de Sócrates* (1787), con el maestro en la celda, junto a sus fieles amigos y discípulos antes de beber la cicuta y no puede evitar preguntarse por qué no está Jantipa. Quizás el pintor se inspiró en el pasaje del *Fedón* en el que Platón describe sin piedad la frialdad de Sócrates con Jantipa momentos antes de la postrimería fatal, queriendo pasar sus últimos momentos de vida rodeado tan solo de sus amigos y discípulos, ordenando al fiel Critón que se la llevara a casa, por más que ella gritara, se mesara los cabellos o se rasgase las mejillas dándose golpes desconsolada. ¡Cuánta paciencia hubo de tener Jantipa!

La vida de Sócrates fue paralela a la de la hetera Aspasia de Mileto, la compañera sentimental y consejera de Pericles, para algunos su maestra de retórica, y con la de Diotima de Mantinea, quizás un personaje más ficticio que real y su iniciadora en los misterios de la filosofía del amor y de la inmortalidad del alma. Feo, descuidado en el vestido, parece ser que su palabra fértil, su vocación de tábano moralista, ejerció un gran poder de seducción entre la juventud divina de Atenas, entre jóvenes y no tan jóvenes que lo seguían y admiraban con un fervor que llevó a Aristófanes a burlarse de ellos diciendo que eran melencidos, sucios y que practicaban el ayuno; en definitiva, que imitaban a Sócrates, que socratizaban.

Decía Cicerón que Sócrates bajó la filosofía del cielo a la tierra, esto es, que cambió el interés por la naturaleza por el interés por el hombre. Pero Sócrates fue también el descubridor de la ironía, como nos desveló Sören Kierkegaard, de la simulativa y de la disimulativa, y quizá fue en ese juego de máscaras y claroscuros, y sobre todo por la labor hagiográfica de Jenofonte y especialmente de Platón, que perdemos demasiadas veces de vista el papel inquietante, floespartano y antidemocrático de Sócrates, con su lengua desatada y su palabra nunca lacónica y los actos golpistas y desestabilizadores de sus discípulos, como Critias, en la crisis de la democracia y la sangría irrestañable de las guerras civiles, esa maestra de brutalidad que diría Eurípides, que desgarraron moral y físicamente a Atenas y a una Grecia exhausta durante las Guerras del Peloponeso (431-404 a.C.).

La sombra del juicio y muerte de Sócrates, condenado a beber la cicuta, ha sido tan alargada en la tradición como la mismísima sombra de la cruz. Quizá debamos recorrer para siempre la cortina del espectáculo de sombras chinescas de la historiografía (Jenofonte), de la comedia (Aristófanes) o de la caverna de Platón y rendirnos, sí, a Sócrates como filósofo mayúsculo —compartamos o no su moral antivitalista y antihedonista—, pero desenmascarado y arrebatándoselo a los filósofos, recuperando al hombre, ni mejor ni peor que nosotros, como hizo Jenofonte y hace magistralmente René Kraus. El método es sencillo, aunque para nada fácil: acercarnos a su figura desde una perspectiva contextualista de historia cultural; aproximarnos al hombre y su pensamiento, como diría Ortega y Gasset, a su circunstancia, algo que Kraus ejecuta con rigor histórico y un talento narrativo sobresaliente, no solo para recrear de manera vívida y realista el día a día de la sociedad de Atenas y de sus actores principales desde la vista panorámica o profundidad de campo del gran angular de una época, la Atenas de Pericles, sino acercándonos también la cotidianeidad del Sócrates que banquetea o consuela con paternalista condescendencia a la pobre Jantipa.

No se trata de escribir ni una nueva *Apología de Sócrates* ni una *Acusación contra Sócrates*, como el panfleto del sofista Polícrates, sino sencillamente de hacer justicia a Atenas y también, por qué no, a Sócrates mismo, al que sí que no podemos negarle, la subscribamos o no y como le gustaría a Foucault, su palabra heroica, audaz y libre, su parresia. El juicio de Sócrates fue un proceso penal contra los enemigos de la democracia, una manera también de rendición de cuentas mediante un subterfugio legal, la impiedad, un delito tipificado desde la ambigüedad —¿qué es pío o impío?, ¿quién lo determina?— para cobrar venganza, en la práctica, contra los oligarcas, por más que en teoría una ley de amnistía lo prohibiese. La Fortuna nos ha sonreído además porque, gracias a Favorino de Arlés, que consultó a principios del siglo II de nuestra era los archivos públicos atenienses, conservamos el acta de acusación: *Esto denuncia y acusa bajo juramento Meleto, hijo de Meleto, del demo de Pitto contra Sócrates, hijo de Sofronisco, del demo de Alópece: Sócrates delinque al no reconocer a los dioses a los que da culto la ciudad, y al introducir nuevas divinidades. Delinque también corrompiendo a los jóvenes. Pena solicitada: la muerte.*

El proceso contra Sócrates del año 399 a.C. nos permite también acercarnos de la mano de René Kraus al funcionamiento judicial de la Atenas de finales del siglo V y principios del siglo IV a.C. Un tribunal, la *Heliea*, compuesto por 501 jueces; un lugar que rezuma una gran carga simbólica: bajo el templo de Hefesto, cerca del Consejo de los Quinientos, rodeados de los templos de Apolo, Zeus y Atenea, divinidades tutelares de los atenienses, a cielo abierto, en el centro del ágora y en el corazón simbólico y topográfico de la ciudad.

Un juicio, dos votaciones. Primera votación, protocolar: 281 votos a favor de la culpabilidad, 220 a favor de la inocencia. Entre los discípulos hubo de abrirse el cielo protector y ver próxima en el horizonte la exoneración del maestro. El peor de sus presagios y temores, sin embargo, pronto se cumplió. En el segundo parlamento al que tenía derecho el acusado, Sócrates debía

proponer una pena alternativa a la muerte, y es aquí donde la modesta soberbia del Filósofo, el rigorismo y la arrogancia valiente, indignó a los jueces y dejó atónitos a los discípulos, a los presentes y a la posteridad: prefirió la muerte al exilio, solicitó para escándalo general ser mantenido de por vida, ser reconocido como un benefactor de la ciudad. Segunda votación: la muerte 361 votos, la absolución 140. Seguro que 221 votos no valen una vida, no legitiman una muerte, pero que tampoco la compasión nos haga ver en Sócrates a una víctima —él nunca se sintió como tal—, sino mejor a un héroe trágico, que pagó su coherencia con su vida. Como acertó Nietzsche, Sócrates quería morir y no fue Atenas, sino él mismo quien se condenó a beber la cicuta. Una copa de veneno que, como dijo Séneca, hizo grande a Sócrates. La lección para los atenienses y para todas las épocas: su misma conducta e integridad, su respeto a la ley, a saber, el estar dispuesto a morir muchas veces sabedor que no existe mal alguno para el hombre bueno y porque vivir bien, vivir honrada y justamente, la vida buena, eran para Sócrates una misma cosa. Porque, como dijo Hegel, aquel día emergió la subjetividad frente a la razón de la ciudad; su muerte, como recordó Voltaire, fue la apoteosis de la filosofía frente a la intolerancia; y, como señaló Jean Patočka, con Sócrates y el diálogo socrático nacía el alma de Europa y de la civilización.

El *íntegro* Sócrates de Kraus nos muestra como el Filósofo fue el chivo expiatorio de esa paradoja irresoluble, tras una guerra civil, entre condenar o perdonar, entre olvidar o recordar. Quizá porque el escritor austríaco sabía muy bien lo que era vivir en una época que se debatía entre la ira y el perdón, la de la Europa de los fascismos y los totalitarismos, la de la devastadora guerra y la difícil reconstrucción, enhebró una biografía novelada apasionante y apasionada, a través del primer mártir de la filosofía, de la libertad individual contra la sinrazón de la masa y del Estado.

Quizá Nietzsche podría reprochar a René Kraus haber escrito una biografía del Sócrates de los filósofos, *Platón por delante, Platón por detrás, quimera en medio*. Pero lo cierto es que

en sus intensas páginas asoma también la lucidez del hombre, sus dudas y sus certezas, las del testigo presencial del esplendor y derrumbe de la Atenas de Pericles hasta el final de la Guerra del Peloponeso, de la democracia escuela de Grecia a la Atenas deslumbrada por el espejismo espartano; en definitiva, al conflicto entre democracia y oligarquía, en una ciudad que murió de éxito y del peso insoportable de su mismísima grandeza. En esa Atenas de Pericles fueron también personajes Tucídides, Eurípides, Alcibíades, Lisias, Critias o Aspasia, entre otros, todos ellos figurantes en la espléndida *Vida privada y pública de Sócrates*, de René Kraus. Todos ellos por fuerza actores de esta tragedia ática que fue la Guerra del Peloponeso, en donde el héroe —la heroína Atenas, el héroe Sócrates, en nuestro caso—, como el Edipo que arrostra su destino trágico en aras de la verdad, sucumbió a la desmesura, castigada siempre por los dioses sin justicia poética. Atenas se enfrentó como todas las sociedades abiertas al misterio de la naturaleza humana, con sus valores y sus faltas, con sus virtudes y sus vicios, con sus ángeles y sus demonios. Solo el Filósofo representaba el arquetipo de héroe trágico, cuya tarea de héroe era contemplar y censurar la deriva de la nave ateniense, falta de pilotos experimentados que la condujeran a buen puerto y propensa en demasía a la guerra civil, a la ira y a la venganza, muy poco dada al perdón. Ciertamente, Sócrates contribuyó no poco a ese naufragio, pero se negó tozudamente a abandonar la nave, y eso lo convierte en un fanático o en un héroe, hay razones suficientes para decantarse por una o por otra valoración.

Esa vida coherente y esa heroica muerte están sorprendentemente bien narradas por René Kraus, quizás idealizando algo a Sócrates, *sí*, pero no por ello haciéndolo menos humano; un solvente y apasionante relato, como diría Leo Strauss, sobre el primer *mártir de la filosofía* en su combate frente a la incompreensión e intolerancia de la ciudad.

I

LUCES Y SOMBRAS

El hombre creó a Dios a su propia imagen. Los dioses de Grecia eran enamoradizos, corrompidos y pendencieros. Con ellos, era posible transigir y regatear. El tierno sacrificio de una doncella les propiciaba mucho más que las intercesiones de los sacerdotes de luengas barbas albas. Sus días eran embrollos y sus noches adúlteros. Los risibles deslices de Zeus y los histéricos accesos de celos de Hera son famosos. El bello Hermes mantenía relaciones muy estrechas con el gremio de los ladrones. En Corinto, la ciudad conocida mucho más allá de la Hélade por su vida nocturna, Afrodita tenía dedicada una casa de adoración, donde, en nombre de su divina patrona, un millar de *hierodulai*, especie de prostitutas del templo, sacaban alegremente a los mercaderes viajeros los beneficios obtenidos en las jornadas de negocios.

Solo Palas Atena, la diosa de la ciudad, era diferente. Reposada, juiciosa y virginal, miraba por encima y más allá del bullicio de la tierra y del cielo. En medio de los constantes altos y bajos de la fortuna, Atena Promaco, la Protectora, permanecía inmutable, aunque siempre viva. En los días de vertiginosa prosperidad y de esplendorosa dominación mundial, nunca permitió que la ciudad se hundiera en la embriaguez del triunfo; en los días de insoportable angustia y de extrema decadencia, evitó siempre que la ciudad se suicidara. La colosal estatua de la

diosa se elevaba incommovible, por encima de las alegrías y los sufrimientos, en la Acrópolis. Su cuerpo virginal era de pesado bronce. El manto de su estatua en el Partenón era de puro oro reluciente. Todas las ciudades de la Liga Délica contribuyeron a aquel dorado manto; unas, voluntariamente; otras, sometidas a una suave coacción. Pero el presidente, que había encargado la estatua al viejo Fidias, el reverenciado maestro, tenía tan irresistible modo de coleccionar los regalos de la amistad, que los padres de la patria de las minúsculas repúblicas de los alrededores acabaron sintiéndose orgullosos del privilegio de contribuir al símbolo de la grandeza ateniense.

Lenguas maliciosas decían que no todo sucedió correctamente cuando Fidias colocó el manto de oro sobre la divina doncella. El maestro, murmuraban, había guardado para sí una porción muy considerable del preciado metal. ¿Cómo, de otra forma, podía sostener una casa que era una manifiesta provocación, una casa con la que ni los eupátridas terratenientes —la vieja nobleza—, ni los ricos de nuevo cuño —los grandes mercaderes, los propietarios de barcos y de minas, los banqueros y los fabricantes—, podían competir? Al fin y al cabo, cada una de las muy comentadas fiestas en el estudio de Fidias se tragaba más dinero que incluso los famosos banquetes a que medio Atenas había sido invitada por el gran Temístocles, grande por igual como patriota y como hombre de negocios.

Pero las murmuraciones se hacían en tono prudente y en voz muy baja. La imagen de Atena era demasiado preciosa para los ciudadanos. Estaban demasiado orgullosos de poseerla y demasiado conmovidos por su significación simbólica para que aquellos feos chismes circularan a voz en grito. El resplandeciente monumento a la libertad ateniense era la primera visión feliz que se presentaba a los ojos ansiosos de los marinos que regresaban a la patria, después de sus largas jornadas. Aquellos marinos traían cargamento de granos del Ponto Euxino, trigo de Sicilia y lana de Chipre. Llenaban sus naves con esclavos de las tierras de los salvajes escitas. Venían con maderas de Tracia y pieles de Asia

Menor, con alfombras de Mileto, con incienso de Siria, con papiros de Egipto, con los racimos de Rodas, las frutas de Eubea, los dátiles de Fenicia, el marfil de Etiopía, el fino calzado que solo los de Sicyon eran capaces de fabricar... Todo llegaba a través del inmenso mar y Atena Promaco tomaba todos aquellos tesoros bajo su graciosa protección.

La lucha por el cargamento de las naves se iniciaba en los mismos muelles, antes de la descarga. El hambre de mercancías de la próspera ciudad era insaciable. Había demanda y venta para todo. A fin de cuentas, había que edificar un nuevo país sobre las minas de las guerras médicas. Durante cuarenta años, las furias de la guerra habían assolado aquellas tierras. Habían reducido a cenizas las casas, los templos y las ciudades y destruido la vida de dos generaciones. En cuatro años, mejor dicho, en cuatro días, aun mejor, de la noche a la mañana, había que borrar aquellas cuatro décadas. En todas las familias, habían muerto padres y hermanos, pero quedaban los sobrevivientes, con un gran amor a la vida. «Edifiquemos una gloriosa Atenas» era la consigna. El presidente lo dijo y se repetía en mil formas diferentes.

Sobre terrenos pantanosos y bajos, se había construido el distrito del puerto, el Pireo, una ciudad por sí solo, la primera metrópolis moderna. Fue Hipodamo, un arquitecto de Mileto, el que lo edificó. Hasta entonces, los inmigrantes no habían sido personas gratas, especialmente los inmigrantes de la degenerada Mileto. Pero ahora todo rostro nuevo era bien recibido. El presidente gustaba de rodearse de talentos extranjeros e ideas importadas. Lanzó un soplo del aire del mundo sobre la llama de Atenas. ¡Puertas abiertas para Hipodamo! Con su mesa de dibujo y sus reglas, el arquitecto creó un centro ingeniosamente planeado, en tanto que anteriormente las edificaciones se desarrollaban al acaso, unas casas aquí y otras allí, sobre las colinas o a orillas de los arroyos. En el Pireo, las calles iban rectas hacia la Plaza, llamada Mercado de Hipodamo, en homenaje a su creador.

Este nuevo centro de negocios pronto hizo una viva competencia al Ágora, el venerable mercado donde Solón, padre de la

constitución, había paseado y enseñado en otros tiempos. Surgieron los almacenes y negocios en el nuevo distrito de la ciudad. Se crearon manufacturas que competían furiosamente con los antiguos artesanos. Los cambistas, que se habían contentado siempre con unas mesas en el viejo mercado, abrieron sus casillas en las inmediaciones del puerto. A la entrada de su casa de banca, Caico puso un letrero, primer anuncio que ha sobrevivido: «Caico vende toda clase de moneda extranjera, incluso de noche, si se desea. Forasteros y ciudadanos serán servidos con igual escrupulosidad».

El populacho del puerto estaba compuesto por cambistas, obreros de las manufacturas, mozas de taberna, cargadores, comisionistas, marineros con licencia en tierra, agentes de granos, dueñas de hosterías, gentes sin linaje ni familia. Eran gentes muy distintas de los atenienses de la vieja escuela, de aquellos ciudadanos cumplidores de la ley, carentes de arrogancia y un tanto perezosos, entre los que no había habido graves diferencias. De modo repentino, se desarrollaron las antipatías de clase y los conflictos de intereses. Comenzó la lucha entre ricos y pobres.

Pero no era una lucha sin esperanza para el pobre. Al fin y al cabo, había mucho dinero en la calle; solo se necesitaba agudeza para atraparlo. En las especulaciones de tierra que siguieron a la construcción del Pireo, se hicieron millones. Una cosecha aun más rica se obtuvo en la operación de las minas de plata de los montes del Laurium, iniciada por el presidente. Era un negocio mecanizado; lo movían los esclavos, las máquinas de la Antigüedad. Los esclavos trabajaban apiñados en los pozos, sin sitio, agachados y con sus miembros espantosamente retorcidos; se agotaban pronto, tosían hasta morir o se suicidaban, por lo que era necesario renovar con frecuencia el equipo mecánico de las minas. Sin embargo, el Laurium era un gran negocio y las novias más tiernamente galanteadas de Atenas eran aquellas que tenían sus dotes sólidamente invertidas en las minas de plata.

Pero la mayor parte del dinero puesto en circulación entre el pueblo procedía de la política social del Gobierno. Si bajo

Arístides y Temístocles el ser ateniense era un honor, bajo Pericles, el presidente, se convirtió en una ocupación. En otros tiempos, el ciudadano había vivido *para* el Estado; ahora, comenzó a vivir *a cargo* del Estado. El asunto de los bonos de los veteranos fue el principio de aquella locura de la prosperidad.

Fueron los veteranos los primeros en obtener el *theoricon*, el subsidio del teatro. Pronto, sin embargo, la asamblea popular decidió que todo ciudadano libre de nacimiento tenía derecho a dos óbolos de los fondos públicos para adquirir el boleto que le permitiera asistir a las representaciones del teatro de Dionisos, donde antes solo los ahitos y adinerados podían decidir, en la competición anual, si el primer premio correspondía a Sófocles o Esquilo o a aquel joven innovador llamado Eurípides, que retrataba a los dioses y a los héroes con frágiles corazones humanos y no les eximía de los sufrimientos y las culpas de los simples mortales. Indudablemente, este movimiento del subsidio tomó al presidente desprevenido. Pero pronto el mismo Pericles se puso a su frente y aplicó un sistema inimitable de comprar a las masas. ¿Era soborno o corrupción política? No; era simplemente aplicación de la política económica de distribuir la prosperidad por igual, evitando que un tercio de la nación estuviese mal alimentado, vestido y alojado. Se realizaban enormes proyectos a cargo de los caudales públicos. Se construían diques allí donde la rompiente nunca había sido peligrosa; se abría la nueva carretera de las fiestas de Eleusis, aunque la vieja hubiese podido durar aún dos siglos para la procesión anual; y, en diversos lugares del país y hasta en Sicilia y Crimea, se fundaban colonias, en cuyos territorios el más pobre de los ciudadanos se convertía repentinamente en un holgado señor campesino.

Pero fue esta la más curiosa colonización de socorro que cabe imaginar. El presidente sabía que, a la larga, no podía esperar que los atenienses permanecieran al margen del mercado y de la asamblea, de la escuela de luchas y de la casa de baños, de las tabernas, los terrenos de juego y las columnatas, donde solamente tenía algún sentido la vida. Los hombres de la ciudad,

los *andres athenaoi*, sabían cómo manejar sus útiles y sus armas, aunque el trabajo duro se realizara en todos los talleres por los inmigrantes y los extranjeros, y los ciudadanos libres dispusiesen, durante las campañas, de esclavos que les llevasen el escudo y la espada. En cambio, desde hacía tiempo estaban desacostumbrados al arado y la hoz. Para ellos, nada había menos natural que el retorno a la naturaleza, ni nada más vulgar que una solución puramente comercial del problema. En consecuencia, instalaron de nuevo como arrendatarios en las tierras de las colonias conquistadas, a los campesinos de los pueblos vencidos. Y ellos, los atenienses, se dedicaron a consumir sus rentas dentro de los muros de la ciudad, único sitio donde un hombre puede vivir decorosamente.

En todo caso, lo que consumían no era mucho. Con dos o, a lo sumo, tres óbolos al día, el ateniense llevaba una vida libre de preocupaciones. Aquello era bastante para el pan, el aceite de oliva y el pescado salado —apetitosamente condimentado, desde luego, con ajo, lechuga y diversos adobos— de la familia. No, sus necesidades no eran ciertamente extravagantes. Pero, por otro lado, no toleraban la idea de supeditar su ilimitada libertad de pasar el día como bien les pareciere a cualquier pesada actividad adquisitiva. Y ello era así aunque su afán de adquirir fuera muy pronunciado. Durante todo el día, jugaban, apostaban y negociaban con sus óbolos, las monedas de cobre que llevaban en sus carrillos por falta de bolsillos en sus túnicas y sus mantos. Trabajar era lo único que no les agradaba hacer con repetentes fines de lucro.

La vida era un juego de dados. Todo el mundo jugaba a los *cottakos* y las fortunas dependían de que saliera un cinco o un seis. Se ofrecía un momio muy crecido por acertar con un chorro de vino en algún objeto que se moviera rápidamente, como la cola de un perro callejero. La lechuza, aclimatada en las calles atenienses, daba ocasión a grandes apuestas, en las que ganar o perder dependía de que el ave más inmediata se dirigiera a la izquierda o la derecha al levantar el vuelo. Todo era especulación,

aunque especulación muy segura. Era lo mismo que uno se dedicara a comprar granos en previsión de un alza, a fabricar sandalias de un nuevo tipo o a importar muchachas flautistas de Frigia. Con toda seguridad, tenía éxito y prosperaba. El presidente cuidaba de que todas las ruedas de aquella máquina funcionasen. No estaba dispuesto a tolerar una crisis.

Durante casi cuatro lustros, el presidente había asumido la responsabilidad. No era un dictador. Era precisamente el hombre que antes que nadie dio a la democracia su pleno significado. La democracia significaba ilimitada libertad del pueblo soberano de decidir como a Pericles mejor pareciera. El presidente estaba plenamente convencido de que una educación y una inteligencia superiores eran los títulos que daban derecho a la gobernación. Pero tenía un modo extraordinariamente suave y sagaz de mantener tal derecho. Raramente aparecía en público. En la Pnyx, la colina de la asamblea, se mostraba avaro de su cálida y educada voz. En ocasiones, dejaba que hablasen sus compañeros de Gobierno, los diez otros miembros del Consejo de *strategi* que presidía. Pero no consentía que sus ministros propusieran las medidas más populares, seductoras o razonables, pues no le agradaba que se hiciesen demasiado gratos. Cuando había que proponer una ley que mereciese con seguridad el aplauso público, el presidente prefería enviar amigos o consejeros personales, sin funciones públicas y sin ambición. Tal era Daimónides, el del distrito de Oa, secretario general del partido reformista, un hombre grueso y jovial que conocía a todos los electores de la ciudad por su patronímico. Fue Daimónides quien sacó adelante el subsidio del teatro, a pesar de la resistencia de los conservadores; y sin embargo fue el nombre del presidente el que quedó unido a la reforma. A su otro lado, estaba Calístrato, el hombre que consiguió una remuneración para los miembros del Consejo: una dracma, o sea, seis óbolos por hombre y día. Desde luego, esta Ley de Calístrato aumentó también la popularidad de Pericles, a quien el Consejo quedaba ligado por una cadena de plata. Efiates, un tercer hombre de confianza, iba a veces demasiado lejos en sus propuestas

demagógicas. Llegó a pedir una inmediata pena de muerte para quien se opusiera al trabajo reformador del presidente. Pericles le contenía con dificultad y por su causa estaba expuesto a incurrir en horrible fama.

En realidad, Pericles estaba siempre un poco incómodo. Su figura alta y radiante, la regularidad de sus nobles facciones, el equilibrio de sus movimientos y ademanes, aquella total armonía que le valió el sobrenombre de *el Olímpico*, ocultaban mil grietas e imperfecciones. Así como para esconder su calvicie usaba siempre el casco con que figura en todas sus estatuas, tenía que ocultar también las diferencias profundas entre el Pericles de carne y hueso y el Pericles del monumento que, con audacia sin ejemplo, había presentado a la admiración de su pueblo.

La buena sociedad de donde procedía le consideraba como un traidor a su clase. La buena sociedad hubiera hecho frente a cualquiera que hubiese llevado a cabo a sus expensas aquella política de gastos ilimitados, pero a nadie con tanto encono como a Pericles. Bajo su sistema de democracia personal, los impuestos sobre todas las formas de la propiedad, sobre los bosques, los pastos, las tierras, las casas, las minas y los árboles frutales, aumentaban de año en año. Las capitaciones y las tasas llovían sobre el hombre de negocios. El que pretendía evadirse era castigado con multas severas y quedaba expuesto además a la vergüenza pública. Las costas de los procedimientos para sancionar una ocultación crecían como un alud y acababan devorando propiedades enteras y las fortunas de las viejas familias. «¡Estrujar al rico hasta dejarlo seco!» era el grito del pueblo. El rico tenía que tomar a su cargo las representaciones teatrales, financiar las carreras y las regatas, equipar a las embajadas que partían en todas las direcciones y pagar la alimentación de toda la ciudad durante las fiestas religiosas.

Hasta aquí muy bien. El capital se hubiera resignado a cumplir estos deberes tradicionales, aunque la carga se hiciese cada vez más pesada. La prosperidad tiene su lado malo, al fin y al cabo. Pero, ¿qué significaban aquellos gastos sin tope en armamentos?

El presidente estaba enamorado de su flota. Había trescientas trirremes, anchas y espaciosas naves de guerra, preparadas día y noche para zarpar en el puerto. ¿Otra guerra mundial tan pronto? Pericles veía fantasmas cuando decía que la democracia tenía que estar decidida a defenderse en cualquier momento. Era su entretenimiento, su diversión, eso era todo. Y sus caprichos tenían que ser pagados por los poderosos y las gentes de pro.

La amargura de estas personas era mayor porque el hombre que tan rudamente les trataba pertenecía a su clase. Por su nacimiento, el gran hombre del pueblo era un eupátrida, un miembro de la más alta aristocracia. Su padre, Jantipo, famoso almirante en otros tiempos, pertenecía a la raza de los Buzyas, una de las familias tradicionalmente rectoras, ligada desde hacía muchas generaciones a la casa real de Esparta. Su madre era una Alcmeónida. Ahora bien, todo ciudadano ateniense sabía que una maldición terrible pesaba sobre la casa de los Alcmeónidas. Tal vez esto lo explicara todo y el mismo Pericles fuera la víctima del demonio. Si así no fuera, ¿qué razón había para que Pericles hubiese abandonado las grandes propiedades heredadas para ponerse al frente del populacho de la ciudad?

Pericles poseía cuanto un hombre puede pedir a la vida, sin necesidad de tener que hacer sacrificio alguno para su felicidad personal. El producto de sus campos le aseguraba un vivir holgado. En su juventud había bebido en todas las fuentes de cultura de su tiempo. El viejo Zeno le había enseñado el arte de una dialéctica pulida. El alocado Demon le condujo por los recovecos de la filosofía natural en boga. Pitóclides, el maestro de música, decía con orgullo que no había tenido nunca mejor discípulo en el arte de tocar la flauta. No es extraño, pues, que Agarista, la esposa del millonario Hipónico, el hombre más rico de Atenas, abandonara a su marido y se refugiara en casa de su padre Clístenes el mismo día en que vio por primera vez al glorioso Pericles. No estuvo mucho tiempo en casa de su padre. En cuanto el escándalo se extinguió un poco, volvió a subir a la carroza nupcial, arrastrada por seis bueyes blancos, para casarse con el

bello, inteligente y distinguido Pericles. Toda Atenas habló de la dote que Agarista llevó a su segundo matrimonio y de la suerte que suponía haber tenido un niño al final del primer año y otro al final del segundo.

Parecer feliz era la ley primera de una vida prudente en Atenas y Pericles sabía muy bien que debía buena parte de sus triunfos a la creencia de sus conciudadanos de que era un hombre afortunado. Por eso, había que mantener la fachada de un matrimonio feliz, aunque la casa de Pericles estuviese minada por las luchas y las tensiones internas. La bendición de los dioses inmortales no tuvo efectos verdaderos en la unión del aristócrata popular y de la millonaria divorciada. Primero, entre los dos se interpuso la política. Después, las cuestiones de dinero. Y ambas cosas enardecieron al uno contra el otro.

Todas las mujeres de Atenas odiaban la política, en la cual no participaban y que les robaba sus hombres. ¿Todos los hombres tienen que ganar guerras, luchar por el poder dentro de un partido, edificar nuevas ciudades y hacerlo todo con prisas, sin consentirse un minuto de retraso? Pero los hombres hablaban del terrible peligro de los bárbaros, al que Atenas acababa de escapar, y de los riesgos de un caótico futuro. ¿Y entonces? ¿Tenían las mujeres tiempo que perder? ¿No era peor el peligro de hacerse viejas que el de los bárbaros y no era más deprimente la eternidad de las noches solitarias que la incertidumbre sobre el destino de la Hélade? Los años de las mujeres eran más breves que los sueños de Atenas. ¿Sus esposos les pertenecían o pertenecían a la política? ¿Pericles estaba casado con Agarista o con Atenas?

Pericles estaba casado con Atenas. Su pastosa voz metálica era para el pueblo congregado en la colina de Pnyx. Dedicaba su irresistible sonrisa y su simpatía embrujadora a los sudorosos artesanos cuyos favores solicitaba. Y, cuando de noche iniciaba un sueño intranquilo, era la imagen de Esparta, aquella negra sombra que hacía la brillante luz de la Hélade, la que le turbaba.

La maldición de los Alcmeónidas pesaba sobre él. Antes de su época, el servicio del Estado había sido profesión de caballero,

la única profesión digna de un caballero. Arístides el Justo, Temístocles el Poderoso y, finalmente, el generoso y siempre afable Cimón, todos habían servido al Estado brillantemente. Pero, al mismo tiempo, continuaron siendo ellos mismos: hombres con sus propios placeres, inclinaciones, pasiones y deseos. A Pericles solo la ciudad devoraba en cuerpo y alma. Quedó fuera de la clase social privilegiada, donde un destino propicio le había colocado. Abandonó uno tras otro a sus amigos y compañeros, a medida que las razones de Estado lo hacían necesario. Se convirtió en una estatua, mejor dicho, se degradó a sí mismo, heló su sangre y acompasó su corazón a la monotonía de una máquina. Sus palabras estaban domadas, sus gestos medidos, su mirada contenida. Cuando abrazaba a su esposa, el destino imponía a Agarrista el honroso deber de dar un hijo al presidente; eso era todo. ¿Confió Pericles en que su esposa se aniquilara a sí misma hasta convertirse en gélida armonía? Nunca discutía con ella. En aquel mundo de los griegos emborrachado de discursos, él, el mejor orador, permanecía mudo ante una esposa hambrienta de palabras.

Y siguió pobre o, más bien, acabó en pobre, en un mundo donde todos se enriquecían. Enormes sumas pasaban por las manos de Pericles. Gastaba sin medida el dinero depositado en los templos —bóvedas de banco de aquellos tiempos—, y el que los aliados pagaban a la ciudad año tras año. Los tributos de los aliados representaban para Atenas seiscientos talentos anuales. Originariamente, estas sumas tenían el carácter de contribución de guerra, destinada a financiar las guerras médicas. Pero, cuando los bárbaros fueron gloriosamente rechazados, Pericles continuó reclamando el pago. Atenas, decía, ha salvado a toda la Liga Délica; Atenas debe insistir con rigor en que se le liquiden las deudas de guerra. Para asegurarse, hizo traer los fondos de la Liga desde la isla de Délos a la ciudad. Había que pagar los nuevos edificios, santuarios, templos, fortalezas, muros y fortificaciones y los veinte mil ciudadanos de Atenas libres de nacimiento querían sacar algún provecho de aquella época de prosperidad.